

humana de filosofía. En último término, Kierkegaard reclama para el pensamiento el ser restituído a su natural posición de colaboración íntima con la acción.—A. S.

SCIACCA (Michele Federico): *Les éléments fondamentaux de la gnoséologie rosminienne*, en «Revue Philosophique de Louvain», t. 53, núm. 38, 1955 (páginas 225-238).

La percepción intelectual es síntesis de una idea del ser y de un contenido sensible. La sensación se debe a un elemento excitante exterior que Rosmini llama *extrasubjetivo*. No es posible dudar del objeto exterior captado, porque se revela en un hecho interior. La sensación es un cierto sentimiento no exento de violencia, en la que el alma es pasiva y queda en un modo particular.

En el conocimiento sensible hay un cuerpo no puramente sentido (el receptor) y otro puramente sentido (el exterior, que modifica al nuestro).

El sentimiento fundamental corporal tiene también valor metafísico, ya que es para la sensibilidad lo que la idea del ser para la inteligibilidad. Es como la forma que se va enriqueciendo mediante los contenidos exteriores.

En el saber hay grados. Hay objetos que no son independientes del órgano que conoce, pero puede ser considerado como opuesto y distinto. Entonces no es el sentido corporal, sino la inteligencia misma quien percibe. La inteligencia ofrece la idea del ser indeterminada, y los sentidos la materia, resultando un juicio primitivo consistente en la afirmación espiritual de la existencia de una cosa percibida por los sentidos. En él concurren tres elementos: una idea universal en la inteligencia (el ser), la afección producida en los sentidos por el ser particularmente percibido y una visión de la relación entre el *ser-agente* percibido por los sentidos y la *idea universal* formada en la inteligencia.

A su vez, la energía de razonamiento es independiente de estímulos exteriores. El acto de pensar es una acción primaria. Las condiciones necesarias para la formación de cualquier juicio son la unidad de la conciencia y los principios metafísicos de sustancia y de causa. La unidad hace posible la integra-

ción de datos en la conciencia. La causalidad hace posible la acción del sujeto cognoscente. La sustancia hace posible la captación de la realidad como un conjunto en que los accidentes determinan la identidad de la sustancia. Ambos principios son reducidos por Rosmini al de contradicción: no puede pensarse al mismo tiempo el ser y el no-ser. El objeto del pensamiento es el ser.

Rosmini estudia la cuestión de si las cosas son pensables en sí, en su objetividad, y si es correcto pasar de la concepción del ser posible a la del ser subsistente. Las resuelve considerando que el que *siente* es idéntico con el que *piensa*. Los elementos de la percepción son duales: el posible y el real, el objetivo y el subjetivo, el universal y el particular.—A. S.

CEÑAL (Ramón): *La filosofía española de la segunda mitad del siglo XIX*, en «Revista de Filosofía», 58-59, 1956 (págs. 445-464).

A mediados del siglo XIX destacan en la vida intelectual los nombres de Jaime Balmes, recién muerto, y de Juan Donoso Cortés. Al primero se le concede mucha importancia desde todos los sectores del pensamiento. Donoso Cortés forma una escuela *tradicionalista*, apasionada y donde tomismo, racionalismo, krausismo, herejía, son objeto de hostilidad o de defensa incondicional. Las doctrinas empiristas inglesas hacen un sano impacto en la mentalidad ambiente más conservadora.

El hegelianismo recibía atención y cultivo por el profesor sevillano Contero y Ramírez, maestro de Pi y Margall y de Castelar.

El movimiento krausista es acontecimiento importantísimo. Su primera repercusión importante es la traducción, en 1841, de la *Filosofía del Derecho*, de Ahrens. Luego ocurre la toma de contacto de Sanz del Río con el pensamiento europeo durante su trascendental viaje de estudio. Sus discípulos De Castro, Arés, Salmerón, Giner de los Ríos, Francisco Canalejas, se proyectan sistemáticamente sobre la filosofía en un intento de racionalizar las estructuras de la realidad y del conocer. Los krausistas minaron el terreno a los sistemas de Cousin y, sobre todo, de Hegel.

Lo más notable del impacto krausista fué la incompatibilidad que desde pronto resultó entre sus cultivadores y los defensores de la ortodoxia religiosa española. Impugnaron el panteísmo krausista Alejandro de la Torre, Navarro, Ortí y Lara, Laverde, Caminero, Fernández Valbuena y otros.

Hacia 1875 el predominio krausista avasalla las inteligencias, y, en franca crisis, se orienta hacia los más diversos sistemas. Entonces la situación filosófica era ya despierta y vivaz. Hace acto de presencia el positivismo, que en seguida encuentra en el kantismo decidido contraste. Rey Heredia, Revilla, Perojo, Azcárate, Tubino, Simarro y otros ocupan las cátedras del Ateneo y de la Prensa.

El escolasticismo concreto renovado vigor en el dominico Ceferino González, al que Menéndez Pelayo reconoce verdadero talento metafísico.

Discípulos del ilustre cardenal fray Ceferino González son Pidal y Mon, Hinojosa, Henestrosa, Ortí y Lara. Este último califica de «falsas» las doctrinas extraescolásticas, y sus libros calcan a Tapparelli, Liberatori y otros. Mendive y Urraburu, jesuitas, se interesan por la filosofía de Suárez. El tomismo está representado, al terminar el siglo, por Fajarnés, Eleizalde, Lledó, Vendrell, Arnáiz y, sobre todos, Antonio Comellas y Cluet.—A. S.

ROMANELLI (Patrick): *Romanticism and Croce's Conception of Science*, en «The Review of Metaphysics», 1956, vol. IX, 3 (págs. 505-514).

Según la tesis de Abbagnano, el idealismo neohegeliano en Italia no ha sido reacción contra el positivismo. Los orígenes románticos de este poderoso movimiento no se hubieran agostado sin la crisis de la segunda guerra mundial.

Históricamente, el romanticismo del siglo XIX es rebelión contra la Edad de la Razón. Psicológicamente, es una reacción humana contra las desconcertantes limitaciones de la razón y de la ciencia. Filosóficamente, el romanticismo es idealista o positivista, siendo la segunda posibilidad un «recorte práctico» de la primera. Idealismo y positivismo constituyen en la actualidad una supervivencia histórica del pensamiento característico del siglo pasado. Su comunidad de

origen hace posible que un filósofo actual pueda ser idealista en algunos aspectos y positivista en otros. Tal es el caso de la concepción crociana de la ciencia.

Croce distinguió pronto dos órdenes de conceptos: los de la filosofía natural y los del conocimiento científico vulgar. Por otro lado, lógica, filosofía e historia se identifican, y, por tanto, la filosofía es la «ciencia verdadera». Consiguientemente, las llamadas ciencias no son de suyo tal para Croce. Estas sólo atienden a las necesidades prácticas de los hombres. Las ciencias son abstractas (matemáticas) o empíricas (físicas), y sus conceptos son *impuros* desde el punto de vista científico. Sólo los problemas filosóficos son, conceptualmente, puras.

Otra de las paradojas que nos hallamos en Croce es que es liberal en política, pero no en filosofía.

No existen para él ciencias normativas: «no deseamos cosas porque nos parezcan útiles o buenas, sino que las consideramos útiles o buenas porque las deseamos». El voluntarismo hegeliano domina.

En definitiva, para Croce, el carácter limitado de las ciencias naturales implica la naturaleza ilimitada del saber filosófico.

Croce se anticipa al ficcionismo de H. Vaihinger partiendo de las teorías físicas de Mach y de la ciencia económica marxista. Pero, justamente, la tecnificación de la ciencia la hace incompatible con la proyección histórica del saber puro, que es el propiamente verdadero, y, por tanto, filosófico.

El saber filosófico es para Croce verdadera religión, así como el cientifismo es para Compte la religión de la humanidad. En este extremo también coinciden el idealismo y el positivismo, afirmando así su común origen romántico.—A. S.

BARIE (Giovanni Emmanuele): *Il neopositivismo*, en «Giornale Critico della Filosofia Italiana», X, 3 (1956), páginas 299-331.

El positivismo reduce toda la realidad a la experiencia gnoseológica. Pero entonces la experiencia viene a quedar en un presupuesto domático y nebuloso, tan inseguro como el ser de los metafí-